



PERSISTENCIA DE LA CRISIS MODERNISTA

Amador GARCÍA-BAÑÓN

SUMARIO

Introducción. — 1. Una reciente monografía sobre el modernismo. — 2. Actualidad del modernismo. — *I. La actitud modernista (notas características).* — 3. Intento de acomodar la fe al mundo. — 4. La falta de fe. — 5. Permanencia física del modernista dentro de la Iglesia. — *II. Consecuencias del modernismo (la disolución de lo sobrenatural).* — 6. El subjetivismo, raíz viciada del modernismo (Erasmus y Lutero). — 7. Tipología del modernista. — 8. Deslizamiento del modernismo hacia el ateísmo. — *III. Presencia diabólica en la actuación del modernista.* — 9. Ataque actual del diablo desde dentro de la Iglesia. — 10. Signos de actuación diabólica, a través del modernismo. — 11. El modernismo, tiempo de prueba para la Iglesia.



INTRODUCCION

Recordando la intangibilidad del *depositum fidei*, fielmente custodiado por la Esposa de Cristo, el Santo Padre se ha referido a la acción destructora del modernismo en el momento actual de la Iglesia:

“La nostra dottrina si stacca da errori che hanno circolato e tuttora affiorano nella cultura del nostro tempo, e che potrebbero rovinare totalmente la nostra concezione cristiana della vita e della storia. Il modernismo rappresentò l'espressione caratteristica di questi errori, e sotto altri nomi è ancora d'attualità” (1).

Las páginas que siguen pretenden ilustrar estas recientes palabras del Papa: partiré de un importante libro, que presento aquí, sobre los antecedentes y génesis de la crisis modernista (2); y me apoyaré en documentos del propio Pontífice, haciendo ver su coherencia doctrinal con el magisterio de San Pío X.

(1) *Insegnamenti di Paolo VI*, X (Tip. Poliglotta Vaticana, 1972) p. 56. Se trata de la alocución pronunciada el 19 de enero de ese mismo año.

(2) R. GARCÍA DE HARO, *Historia teológica del Modernismo*, “Colección Teológica de la Universidad de Navarra” (Pamplona 1972) 367 p.— Como este libro es citado con frecuencia en el presente artículo, las referencias a él irán entre paréntesis dentro del texto.



1. *Una reciente monografía sobre el modernismo.*

La *Historia teológica del Modernismo* hace ver cómo la actitud modernista condujo a la pérdida de la fe, a la separación de la Iglesia y, finalmente, el ateísmo. Este fue el itinerario seguido por los actores principales de la crisis de finales del siglo pasado: Loisy, Tyrrell, etc.

Como es sabido, el modernismo constituyó un fenómeno complejo en que intervinieron numerosos autores con posiciones a veces aparentemente contradictorias. La *Pascendi*, la gran encíclica de San Pío X, grande por su valor doctrinal y por su impresionante elaboración técnica, fue el primer documento que captó el movimiento modernista en su totalidad. El estudio del Prof. García de Haro va a la raíz, y señala lo que de común existió entre los diversos protagonistas de la crisis. Muestra cómo, en efecto, el modernismo, más que una teoría, fue una actitud del espíritu que después se intentará teorizar. Surgió en una época en la que se acentuó la separación entre el progreso creciente del mundo científico y la fe católica: ante la alternativa entre la fe y la ciencia, el modernista se vio deslumbrado por los "adelantos" del mundo y se decidió por la razón, minusvalorando, abandonando de hecho, las riquezas de la fe.

A lo largo de esta obra, la tesis mantenida y demostrada es que el intento modernista de coordinar la fe con el llamado "pensamiento moderno" desembocó en el ateísmo sistemático. En definitiva, el autor se pregunta si es posible optar por la filosofía de la inmanencia y mantener coherentemente la fe. El modernismo redujo la fe al sentimiento religioso, a algo interior al hombre de modo ab-

soluta; y una vez rechazado el principio filosófico de la trascendencia, el ser está inexorablemente perdido, lo que acarrea el abandono de la fe, como hicieron los modernistas más consecuentes; o al menos, si conservan la fe, produce una íntima y continua tensión de ruptura, según puede apreciarse en los numerosos testimonios que el autor recoge de modernistas que se mantuvieron creyentes. El problema se centra, pues, en la licitud moral de aceptar el principio de inmanencia, esa opción radical por la que el hombre se siente siempre tentado (3). Sólo dos posturas caben: *duae civitates faciunt duo amores*... O se busca a Dios-en-sí-mismo, o se busca a Dios-para-mí, que queda reducido a una criatura de mi yo. Para un cristiano el principio de inmanencia implica una decisión directamente contraria a la voluntad de creer: compromiso de fe y el otro compromiso vital (opción vital de inmanencia) son contradictorios (p. 347); son principios incompatibles, como lo son, acudiendo a la analogía, el amor propio y el amor a Dios.

En este estudio de la génesis histórica del fenómeno modernista, iluminado por la opción de la inmanencia, está probablemente el mayor acierto de la obra de García de Haro, fundamental ya en la bibliografía acerca del modernismo. A las investigaciones anteriores de documentación histórica aporta un riguroso criterio teológico: por eso, más que añadir nuevos detalles históricos, toma como base de su tarea esas obras, así como las monografías más sobresalientes, y se adentra en el análisis y crítica de la actitud modernista.

En el libro, de buena factura literaria, los personajes cobran vida en sus cartas y escritos personales. Consta de tres capítulos. El primero versa sobre *La crisis modernista*, y la examina en sus diversos aspectos: el modernismo como actitud, la aparición del modernismo y sus raíces en

(3) Vid. C. CARDONA, *Metafísica de la opción intelectual* (Madrid 1969) 251 p. En la 2ª edición corregida y ampliada (Madrid 1973) p. 158 s., 188 y 272, cita la obra de García de Haro.—Vid. también la reseña de F. OCÁRIZ, *Sulle radici del Modernismo*, en *Divus Thomas* (Piacenza) 76 (1973) 133-138.

la historia, la aptitud modernista y su fundamentación teológica. El capítulo segundo, *La alternativa Lutero o Erasmo y el fenómeno modernista*, lo desglosa en estos apartados: Lutero y Erasmo en el corazón de la crisis del siglo xvi, la significación de Lutero, la significación de Erasmo, el replanteamiento de una alternativa al paso de los siglos. En el capítulo final, titulado *La última penetración*, estudia, a modo de conclusión, la detención de un destino, teología y vida de fe, exigencias morales de la labor teológica.

Con la consideración de la crisis modernista en sí misma (capítulo I), la monografía hubiera tenido ya suficiente importancia como labor de síntesis. Pero añade (capítulo II) una nueva aportación: hace ver por extenso —quizá pudo resumirse más— la dependencia histórica del modernismo, su ancestral parentesco con respecto a otras actitudes típicas adoptadas casi cuatro siglos antes por Lutero (subjetivación de la fe) y por Erasmo, reformador de la teología, que pretende reducir el conocimiento de Dios al estudio filológico de la Biblia, preocupado por “adaptar la teología a los nuevos tiempos”. La obra se cierra (capítulo III) presentando la solución al problema que la crisis modernista plantea. La tensión entre la fe y la vida no se resuelve con un conformismo, que abaja la fe a las circunstancias ambientales de los tiempos nuevos, sino al revés. Son los cristianos quienes, sin complejos ni timideces, con la fe viva y operativa han de conducir los tiempos y todos los nobles afanes humanos de la Eterna Verdad, Jesucristo, Alfa y Omega, autor y consumidor de nuestra fe.

2. Actualidad del modernismo.

Ante la semejanza de los hechos que se narran en esta obra con lo que vemos que ocurre hoy, uno se siente incitado a preguntarse sobre la pervivencia, y aun la acentuación, del modernismo en muchos hombres de Iglesia. Y, efectivamente, ya en su primera encíclica, el actual

Pontífice despertaba la atención del orbe católico sobre la operante virulencia del modernismo, como un mal que amenaza los fundamentos de la Iglesia de Jesucristo. “Un peligro —decía— como de vértigo, de aturdimiento, de aberración puede sacudir su misma solidez <de la Iglesia> e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida. Así, por ejemplo, el fenómeno modernista —que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones heterogéneas, extrañas a la auténtica realidad de la religión católica— ¿no fue precisamente un episodio semejante de predominio de las tendencias psicológico-culturales, propias del mundo profano, sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la disciplina de la Iglesia de Cristo? [...]. La fascinación de la vida profana es hoy poderosísima. El conformismo les parece a muchos ineludible y prudente. Quien no está bien arraigado en la fe y en la práctica de la ley eclesiástica, fácilmente piensa que ha llegado el momento de adaptarse a la concepción profana de la vida, como si ésta fuese la mejor, la que un cristiano puede y debe apropiarse. Este fenómeno de adaptación se manifiesta tanto en el campo filosófico (¡cuánto puede la moda aun en el reino del pensamiento, que debería ser autónomo y libre, y sólo ávido y dócil ante la verdad y la autoridad de reconocidos maestros!), como en el campo práctico, donde se hace cada vez más incierto y difícil señalar la línea de la rectitud moral y de la recta conducta práctica [...]. ¿No es acaso verdad que frecuentemente el clero joven, o también algún celoso religioso, guiado de la buena intención de penetrar en la masa popular o en grupos particulares, trata de confundirse con ellos, en vez de distinguirse, renunciando con inútil mimetismo a la eficacia genuina de su apostolado?” (4).

(4) PAULO VI, Enc. *Ecclesiam Suam*, en AAS 56 (1964) 618, 630 s.: “Haec omnia veluti maris fluctus Ecclesiam ipsam obvolvunt et commovent; cumque apud eos, qui se Ecclesiae moderamini committunt, huius

Y desde 1964 acá puede afirmarse que el fenómeno no es que haya venido a menos: ni la *Ecclesiam Suam*, ni los trece lustros que nos separan de la *Pascendi*, han bastado para que la cizaña del modernismo haya desaparecido; por el contrario, ha ido en aumento (5). A nadie que conozca las dos veces milenaria Historia de la Iglesia sorpren-

mundi condiciones multam vim habeant atque momentum, exinde fit, ut veluti vertiginis, stuporis ac trepidationis periculum impendeat, quod ipsam ecclesiasticae compaginis firmitatem in discrimen adducere possit, multosque impellat ad singulares prorsus opinioniones amplectendas, tamquam si Ecclesiae opus sit se munere suo abdicare ac novas omnino et inopinatas vivendi formas inducere. Ceterum, ut exemplo utamur, modernismi, ut aiunt, errores, quos etiam nunc reviviscere cernimus in novis quibusdam religiosae vitae rationibus a germana religione catholica alienis, nonne specimen exstant contentionis illius, qua profanae huius saeculi doctrinae atque inclinationes sinceram Ecclesiae Christi doctrinam ac disciplinam vitare conantur? [...]. Quandoquidem profanae vitae blanditiae aetate nostra maximopere prolectant, propterea accommodatio illa multis non modo necessaria, immo vero sapiens esse videtur. Qua re fit ut, si quis est in quo nec fides divina altas radices egerit, nec legum ecclesiasticarum sit tenax observantia, is opportunum tempus advenisse putet, se ad hanc vivendi rationem conformandi, tamquam si haec optima sit, unaquae ea, quam christianus possit ac debeat suscipere. Quae nimia ad id genus accommodationem proclivitas gliscit tum ad philosophiae provinciam—in qua mirum quantum huius saeculi mos et consuetudo pollent, cum contra animus debeat esse liber nullique obnoxius, solius veritatis cupidus, et ad probatorum magistrorum auctoritatem docilis—tum etiam ad vitae actionem, in qua nempe magis magisque anceps et difficile est, quid sit rectum, quidve recta vitae ratio, definire.—Porro alias naturalismus, qui dicitur, conatur si primam christianae fidei notionem dissolvat; alias relativismus, quem vocant, utpote qui omnia rata habeat omniaque aequae valere putet, infititur in christianis institutis quidquam inesse simplex et absolutum; alias consuetudo, quae increbruit, amputandi in vita christiana quidquid aut laborem aut incommoditatem parit, christianam disciplinam et rerum divinarum contemplationem fastidiosae inanitatis incusat. Quin immo fit nonnumquam, ut apostolicum studium aditum habendi faciliorem ad profanos hominum coetus, aut sibi hominum, et praesertim iuvenum qui nunc sunt, voluntates conciliandi, quosdam iubeat aequissimas vitae rationes, nostrae fidei proprias, deponere, aut genus illud gravitatis dimittere, ex quo et illa alios adeundi sollicitudo et illa erudiendi alios efficacia, significationem vigoremque sumunt. Qua de re, nonne quidam tum e iuniore clero, tum e sodalitatibus religiosis, optimo certe ducti consilio, ut aut ad popularium multitudines aut ad singulares quosdam coetus propius accedant, hos assimilare cupiunt potius quam ab iis distingui, eo scilicet effectui, ut per inanem imitationem labores suos vi et efficacia exuant?”.

(5) J. MARITAIN, *El campesino del Garona*, trad. Esther de Cáceres (Bilbao 1967) p. 31, haciendo un diagnóstico de la crisis actual, ha afirmado que el modernismo es “una fiebre muy contagiosa, por lo menos en los círculos que se llaman ‘intelectuales’, y frente a la cual el modernismo de los tiempos de Pío X no era más que un modesto resfriado”.

derá esta persistencia del error. Recordemos por ejemplo que, después de las solemnes y repetidas condenas de Arrio (en Nicea, en Efeso, etc.), los arrianos se contaban en el mundo todavía por millares: en España, en el año 589, dos siglos y medio después del Concilio Niceno, los visigodos eran arrianos. Así podría pasarse revista a antiguas herejías (monofisismo, protestantismo, etc.) que aún perduran.

Pero detengamos nuestra atención en el modernismo, una actitud intelectual presente hoy en no pocas mentes que han dejado de ser católicas, y que —en palabras de San Pío X— “no exageraría quien los incluyese entre los peores adversarios de la Iglesia, pues no desde fuera, sino desde dentro mismo de la Iglesia, llevan a cabo su perversa actividad; por eso el peligro se encuentra metido en las venas y en las entrañas de la Iglesia, con mucha más eficacia dañina, puesto que la conocen más íntimamente” (6).

I. LA ACTITUD MODERNISTA (NOTAS CARACTERISTICAS)

Son tres los rasgos que, a nuestro modo de ver, caracterizan la postura típica del modernista: su intento de acomodar la fe al mundo, su falta de fe, y su afán por permanecer físicamente dentro de la Iglesia.

3. *Intento de acomodar la fe al mundo.*

El modernismo aparece ante todo como una “actitud del alma” (Buonaiuti). A pesar de sus dispares orienta-

(6) S. Pío X, *Enc. Pascendi dominici gregis*, en ASS 40 (1907) 594 (193 s.).—En lo sucesivo: *Pascendi*, p. de la edición típica de las *Acta Sanctae Sedis*, y entre paréntesis la página paralela de SAN Pío X, *Escritos doctrinales*, edición bilingüe (Madrid 1973), cuya versión castellana, realizada por M. Moreda, hemos seguido con algún retoque. Puede encontrarse también texto castellano en *Colección de Encíclicas y documentos pontificios*, I, trad. P. Galindo (Madrid 1972) p. 941-975.

ciones, éste es el proyecto común de quienes protagonizan la crisis de comienzos de siglo: poner la fe de acuerdo con el pensamiento moderno (p. 40), dar al Cristianismo una visión nueva, con la autoseguridad de poner tal misión por encima del juicio y de las fórmulas de fe de siglos de la Iglesia (p. 46).

Podemos preguntar: ¿de dónde nace esta actitud? De la preocupación ante el mundo moderno. Según hizo notar Lagrange, *L'Evangile et l'Eglise*, conocido, como se sabe, por "le petit livre" de Loisy, es revelador de un profundo desarraigo de la fe en las conciencias cristianas de la época; es la expresión de una situación generalizada en muchos espíritus. Mundo católico y mundo moderno aparecen como dos sociedades mutuamente refractarias e ininteligibles que hay que poner de acuerdo; de aquí la necesidad de buscar una coherencia entre lo que se cree y lo que se vive. Se reconoce la discrepancia, pero no se da con la única solución legítima: conformar de nuevo la vida con la fe. Por el contrario, en su búsqueda de autenticidad, el modernista camina por un derrotero equívoco: disolver la fe en una concepción de la vida forjada al margen de la fe (p. 61-71).

Loisy, y con él todos los modernistas de ayer y de hoy, invierten los términos del problema. Su actitud es justamente la opuesta a la de los primeros cristianos: porque ellos fueron los que transformaron el mundo con el ímpetu apostólico de una fe realmente vivida (p. 76-80). En el siglo IV, San Agustín escribía: "Existen dos voluntades: tu voluntad debe ser corregida, para identificarse con la voluntad de Dios; y no la de Dios torcida, para acomodarse a la tuya" (7). Es Dios quien renueva al mundo con sus inefables sacramentos (8), ese *mundum iacens* por el pe-

(7) S. AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 31, 2, 26, PL 36, 274: "Ecce tu volebas vivere, non volebas tibi aliquid accidere; sed Deus aliud voluit: duae voluntates sunt; sed voluntas tua corrigatur ad voluntatem Dei, non voluntas Dei detorqueatur ad tuam".

(8) MISSALE ROMANUM, *Hebd. IV Quadragesimae*, Feria II, Collecta: "Deus, qui ineffabilibus mundum renovas sacramentis...".

cado que la Humanidad de Cristo ha levantado (9) y ofrecido de nuevo a Dios Padre.

Aún en la euforia del naturalismo de finales de siglo, el modernista padece una fascinación ante el progreso de la ciencia y de la filosofía de su época que, pocos años después, a los ojos del hombre de hoy, resultan ya rudimentarias. García de Haro presenta al modernista como gente inmadura, de ambiente cerrado de clerecía (p. 72), y que, dominada por un sentimiento de inferioridad, no valora la doctrina de la fe, y se entrega en manos de la exégesis protestante (p. 112-119). Acaba así por ofrecer una penosa concepción del Cristianismo (p. 86): una Revelación que está sólo en la experiencia religiosa, un Cristo que es sólo hombre, una Iglesia de invención y fines humanos, unos Sacramentos que concibe como meros símbolos sin eficacia redentora (p. 136). Nada permanece en pie. “¿Qué dejan incólume en la Iglesia —preguntaba San Pío X— que no deba ser reformado por ellos y según sus ideas?” (10).

En su Carta Pastoral del año 1967, los obispos alemanes previenen hoy contra este sutil engaño modernista. Escriben así: “En el intento de responder a las necesidades de los tiempos, hemos de evitar cuidadosamente hacernos víctimas del mundo. Efectivamente, el mensaje cristiano se opone diametralmente a este mundo soberbio e infiel a Dios. Debemos guardarnos sobre todo de hablar o actuar como si Cristo dependiera de nosotros, y no nosotros de El. Se caería en el grave error de invertir completamente el orden de los valores. Cuando nuestra tendencia hacia Cristo se debilita, cuando los derechos de Cristo sobre nosotros quedan conculcados, no puede evidentemente tratarse de la verdadera doctrina, de progreso en teología y tampoco de una aportación válida para nuestro tiempo y nuestro mundo” (11).

(9) MISSALE ROMANUM, *Hebd. post Dom. IV Paschae*, Feria II, Collecta: “Deus, qui in Filii tui humilitate iacentem mundum erexisti...”.

(10) *Pascendi*, p. 632 (273).

(11) *Carta de los obispos alemanes a quienes tienen en la Iglesia*

Y prosiguen en estos términos: "La actitud cristiana ante el mundo no puede provenir por tanto de un optimismo exagerado. Dado que el hombre y toda la creación tienden hacia Dios como fin último, la criatura no puede saciarse en sí misma o en las demás cosas creadas, sino sólo orientándose hacia Dios. Querer pensar que el Cristianismo consiste exclusivamente en un encuentro con el mundo equivaldría a privarle de elementos esenciales, más aún, de los más esenciales; y tendría como resultado una visión del hombre y del mundo que no podría considerarse cristiana. La simple visión de los tremendos conflictos y de las miserias que afligen a este mundo nuestro impide ya que tengamos un optimismo ingenuo. El cristiano sabe que el mundo está todo bajo el maligno (1 Io 5, 19) y que obra en él el misterio de la iniquidad (2 Thes 2, 7); sabe que el mundo, en su estado actual, no manifiesta ya la pura imagen de Dios ni la genuina expresión de la voluntad de Dios creador. El cristiano, pues, aun gozando de la creación y aportándole su contribución de trabajo, no olvida que el mundo ha de ser salvado y que sólo a través del sacrificio de Cristo en la Cruz puede curarse del mal y ser llevado de nuevo a la sosegante quietud de Dios. En un mundo en el cual de ninguna manera se ha extinguido el poder de las tinieblas (Eph 6, 12), seguir a Cristo significa también: no queráis conformaros al siglo presente (Rom 12, 2). No por esto el cristiano ha de dejar de sentir compasión e interés por el mundo, sino que, por el contrario, estará en mejores condiciones para saber que el mundo ha de ordenarse hacia Dios y se dará cuenta de que esto no podría entenderse con una luz distinta (cfr. 1 Cor 2, 14 ss.)."

"El Cristianismo —continúa la carta pastoral— obtiene así, por medio de la fe, una nueva posibilidad de acceso al mundo, pues es precisamente mediante la unión con el Señor crucificado y resucitado cómo las desventuras y

el encargo de predicar la fe, n. 11; texto italiano en *L'Osservatore Romano* (15-XII-1967) p. 5, col. 3.

las miserias, los sufrimientos todos de este mundo, e incluso la muerte, pueden adquirir nuevo sentido y valor. Y todo lo que se hace y se debe soportar siguiendo a Cristo adquiere así una significación perenne. En la certeza de que la Redención nos hace en este siglo semejantes a Cristo, encontramos la fuerza, la paciencia y la fe (*Apc* 13, 10) para dirigirnos sin pasión y decididamente al mundo y realizar nuestro servicio específico. Así, el contacto íntimo con el Crucificado, que es a la vez el Señor glorificado que ha vencido al mundo (*Io* 16, 33), nos da respecto al mundo una orientación y una actitud libre de ideologías y de ilusiones y exenta de resignación y desesperación. 'Constituido Señor por su resurrección, Cristo sigue actuando en el corazón de los hombres con la virtud de su Espíritu, no sólo suscitando el deseo del mundo futuro, sino con esto mismo inspirando también, purificando y fortaleciendo esos propósitos generosos mediante los cuales la familia de los hombres busca hacer más humana su propia vida y someter la tierra a este fin' (*Gaudium et Spes*, n. 38)" (12).

4. *La falta de fe.*

La falta de fe aparece como la segunda característica del modernista. ¿Cuál es la causa de ese intento de adaptación de la fe al mundo? La propia carencia de fe, que admite grados según los diversos tipos de modernistas, y que puede ir desde la pérdida total de la fe a la simple debilidad en ella. Y es que la fe aumenta, disminuye o se pierde; pero nunca se puede acomodar, pues entonces se desvirtúa.

a) En primer lugar, hay un tipo de modernista que ha perdido totalmente la fe. El nacimiento de esta aventura no tuvo su origen en una crisis de la teología, sino

(12) *Ibidem*, n. 64-66; texto italiano en *L'Osservatore Romano* (17-XII-1967) p. 5, col. 4-6.

en una honda crisis personal de fe. La crisis de Loisy no procedía como consecuencia del estado de la teología de su tiempo, sino de la exigencia en bloque de la fe: en Dios revelante, encarnado, fundador de la Iglesia, presente en la Sagrada Eucaristía (p. 326). Aun cuando es claro, por otra parte, que la ambición y el intento que movió a los modernistas no era la renovación de las costumbres o de la vida cristiana, sino estrictamente una reforma intelectual: prácticamente todos sus protagonistas fueron profesores o estudiosos (p. 325).

Loisy sigue un proceso, totalmente coherente, que le conduce a la separación de la Iglesia. Se imbuje de filosofía moderna de L. Loudot en sus primeros años de Seminario, en los que mantiene una piedad sentimental. El choque de esa piedad con la doctrina católica le proporcionan cuatro años de tortura espiritual y moral, que le abocan a la contraposición entre la fe y el pensamiento moderno (en el Instituto Católico de París) y al proyecto de coordinarlos. A partir de 1883, lo hará tratando de expresar el nuevo sentimiento religioso del hombre de acuerdo con el moderno pensamiento de la inmanencia. Después de cinco años de continuo trabajo sobre la doctrina católica, para adaptarla a las exigencias de la mentalidad contemporánea, acabará creyendo sólo en que Cristo fue crucificado por Poncio Pilato. En 1902 tiene lugar la ruptura interior con la Iglesia, y en 1905 busca la excomunión liberadora (p. 300-306). En realidad, según reconoce en sus propias cartas, hacía treinta años que había perdido la fe (p. 22) y la excomunión le llegó con veinte años de retraso (p. 55).

Esta típica actitud de Loisy la evocan las palabras de Paulo VI que citamos seguidamente: refiriéndose a los modernistas de ahora, subraya además su entronque con herejías antiguas (luteranismo) y recientes (el modernismo de principios de siglo), su revisionismo radical de la Iglesia, su criticismo exacerbado y su afán de contemporizar con hipótesis profanas, extrañas a la genuina naturaleza de la Esposa de Cristo; hipótesis superficiales a

los que reviste de un pseudo carácter científico. “Hasta Nos —dice el Papa— llegan voces confusas y extrañas que nos hacen reflexionar mucho y suelen también sorprendernos y entristecernos, porque son voces que provienen no sólo de las multitudes de los que no tienen la dicha de poseer nuestra fe —y ya esta ola de clamores opuestos nos es motivo de íntima aflicción y estímulo para un amor insomne—, sino que también suelen provenir tales voces de los mejores sectores del pueblo de Dios, siempre fieles y unidos a Nos y en los que ordinariamente la doctrina de la Iglesia se alimenta con fervientes estudios, se cultiva con firmes pensamientos, se honra con fecunda vida cristiana; vienen a hacerse eco de errores antiguos y modernos ya rectificadas y condenados por la Iglesia y excluidos del patrimonio de sus verdades, o también a proponer hipótesis convertidas súbitamente en afirmaciones, que quisieran llamarse científicas y que ponen en tela de juicio principios, leyes, tradiciones a las que está ligada firmemente la Iglesia y de las que es inconcebible pueda jamás apartarse; o a insinuar críticas revulsivas sobre la historia y estructura de la Iglesia y a proponer revisiones radicales de toda su acción apostólica y de su presencia en el mundo, de suerte que la Iglesia, lejos de sacar de allí aquellas virtudes y formas nuevas a que tiende el ‘aggiornamento’ conciliar, terminaría por asimilarse a ese mundo que, en cambio, espera de Ella el rayo de su luz y el vigor de su sal, no la complaciente aquiescencia a sus discutibles teorías y costumbres profanas” (13).

(13) PAULO VI, Alloc. 4-VIII-1965, en *Insegnamenti* cit., III, p. 1003 s.: “Giungono infatti a Noi voci confuse e strane, che Ci redono assai riflessivi, e spesso anche sorpresi e tristi, perchè sono voci che provengono non soltanto dalle moltitudine di coloro che non hanno la fortuna d'avere la nostra fede (e già quest'onda di clamori avversi Ci è cagione d'intima afflizione e stimolo ad immenso ed insonne amore), ma spesso provengono tali voci anche dai campi migliori del Popolo di Dio, sempre a Noi fedeli e vicini, e dove ordinariamente la dottrina della Chiesa è alimentata da fervore di studi, è coltivata con fermezza di pensiero, è onorata da fecondità di vita cristiana; provengono per

Unos meses después, el Papa indica los términos en que es legítimo plantear la relación entre la Iglesia y el mundo. "Comprender con qué espíritu, con qué corazón la Iglesia del Concilio se acerca al mundo de hoy: se abre hacia él, no para contaminarse con sus costumbres, sino para infundirle el fermento de su salvación" (14). Y en su exhortación apostólica del año de la fe (cit. en p. 153), califica de pretexto el proyecto de algunos teólogos y exégetas actuales de "adaptar el pensamiento religioso a la mentalidad del hombre moderno", y añade que una mentalidad que ellos mismos llaman "postconciliar", extraña a la letra y al espíritu del Vaticano II, pretende "dar al Cristianismo una nueva interpretación arbitraria y estéril" (15).

far eco ad errori antichi e moderni, già rettificati e condannati dalla Chiesa ed esclusi dal patrimonio delle sue verità; ovvero per proporre ipotesi, quasi subito convertite in affermazioni che verrebbero dirsi scientifiche e che mettono in questione principii, leggi, tradizioni, a cui la Chiesa è saldamente legata, e da cui non è da supporre che mai possa staccarsi; oppure per insinuare critiche revulsive sulla storia e sulla struttura della Chiesa e per proporre revisioni radicali di tutta la sua azione apostolica e della sua presenza nel mondo, così che la Chiesa, lungi dal ricavarne quelle virtù e quelle forme nuove, a cui tende l'aggiornamento conciliare, finirebbe per assimilarsi a quel mondo, che invece attende da lei il raggio della sua 'luce', e il vigore del suo 'sale', non la compiacente acquiescenza alle sue discutibili teorie ed ai suoi profani costumi".

(14) PAULO VI, Alloc. 30-III-1966, en *Insegnamenti*, cit., IV, p. 738: "Comprendete con quale genio, con quale cuore la Chiesa del Concilio si avvicina al mondo moderno; si apre verso di lui, non per contaminarsi con i suoi costumi, ma per infondergli il fermento della sua salvezza".

(15) PAULO VI, Adhortatio Apost. *Petrum et Paulum*, en AAS 59 (1967) 198: "Dum autem apud nostrae aetatis homines religionis sensus minuitur, quo fides veluti suo naturali fundamento innititur, opinioniones novae ad exegesis vel ad theologiam attinentes, saepe sumptae a philosophicis doctrinis audacibus quidem sed ineptis, huc illuc in catholicae doctrinae campum irrepunt. Quibus opinionibus non solum in dubium vocatur vel depravatur germana veritatum significatio, quas Ecclesia cum auctoritate docuit, sed, ficta causa religionem ad nostrorum temporum ingenium accommodandi, magisterii ecclesiastici norma negligitur, investigationis theologicae studia ad placita *historicismi*, quem vocant, prorsus conformantur, audetur Sacrarum Scripturarum testimonio indolem sacram et historiae fidem denegare, et vel eo contenditur, ut apud Populum Dei ille mentis habitus inducatur, quem *postconciliarem* appellant; talis scilicet mentis habitus, qui, firma cohaerentia posthabita, qua affluens et praeclara copia doctrinae legumque Concilii Oecumenici cum sacro patrimonio magisterii et disciplinae Eccle-

Abundando en el mismo sentido, Paulo VI denuncia esa superficial fiebre de cambios que caracteriza al modernista. "Vigilemos para no caer en un equívoco peligroso. 'Renovación' puede significar rechazo de valores irrenunciables, es decir, desprendimiento de bienes, de verdades, de deberes de los que no podemos, no nos debemos apartar con el pretexto de renovar. Renovación puede significar, ciertamente, cambio, conversión, *metanoia*; está bien. Pero no todo cambio es bueno, es útil. El hombre posee un patrimonio, la vida, del cual no puede abdicar. El cristiano posee una fortuna, la fe, ante la cual no puede retroceder [...]. Por eso, no podemos confundir la renovación con la obediencia superficial y servil al relativismo de las ideas triunfantes en determinados momentos de la historia. La moda, bajo el aspecto estético y contingente de la cultura ambiental, merece un respeto adecuado; pero, elevada a criterio de nuestro modo de pensar y de vivir, no es maestra sabia, no es intérprete penetrante de las señales de los tiempos; no es verdaderamente liberadora, sino favorecedora de vanidad y de desilusión [...]. El criterio director de la renovación (es una paradoja, pero cargada de verdad) será el de remontarnos a las fuentes, el de buscar en el Evangelio, en la historia del Pueblo de Dios y de los santos, en el magisterio de la Iglesia, las fórmulas buenas de la novedad regeneradora. Búsqueda no tanto retrospectiva, como introspectiva de la verdad divina y humana" (16).

siae componitur, eo spectat, ut translaticium fidelitatis studium erga Ecclesiam pessumdetur atque inanis propagetur spes christianam religionem nova interpretatione donandi, quae tamen nonnisi temeraria ac sterilis esse posset".

(16) PAULO VI, Alloc. 27-VI-1973, en *L'Osservatore Romano* (28-VI-1973) p. 1, col. 3 s.; p. 2, col. 5: "Vigiliamo per non cadere in un equivoco pericoloso. Rinnovamento può significare molte cose. Ad esempio, può significare ripudio di valori irrinunciabili, distacco cioè da beni, da verità, da doveri, da cui non ci possiamo non ci dobbiamo staccare col pretesto di rinnovare. Rinnovamento può significare, sì, cambiamento, conversione, *metanoia*; sta bene. Ma non ogni cambiamento è buono, è utile. L'uomo possiede un patrimonio, la vita, a cui non può abdicare. Il cristiano possiede una fortuna, la fede, a cui non

b) Existe otro tipo de modernista, de fe inconsistente e inoperante. En efecto, mientras Loisy y Tyrrell abandonaron la Iglesia, Blondel y von Hügel mantuvieron la fe; pero su fe fue siempre una fe débil y vacilante, compatible con su voluntad apologética. Aún después de la condena, son partidarios del "método de la inmanencia", que abrirá —piensan— nuevos caminos a la teología (p. 25). Su apología está peligrosamente abocada a bloquear la intervención de lo sobrenatural: como creyente, esta especie de modernista se mantiene fiel, pero su pensamiento está más inclinado a conciliarse con la fe natural que con la fe cristiana (p. 32-35). El caso de Blondel pone en guardia hoy, a quienes presentan contradicciones entre su pensamiento y su fe; porque es posible optar contradictoriamente en el plano de la razón y en el de la fe, aunque hacerlo no sea coherente. Admitido el principio filosófico de inmanencia, la única vía teórica es cerrarse a lo sobrenatural (p. 139-152).

La falta de fortaleza —en este tipo de modernistas de entonces y de ahora— se manifiesta ya en la misma aceptación de la problemática modernista; y supone un temor humanamente explicable, pero falso, ante la aparente seguridad del pensamiento moderno. Paulo VI (cit. en p. 332), comentando la fe vacilante de Simón Pedro, advierte que admitir este temor "arrastra a otra forma de debilidad, también hoy muy difundida, y que fue entonces para Pedro causa de su más grave caída. Quería esconderse,

può venir meno [...]. Perciò non dobbiamo confondere il rinnovamento con l'ossequio superficiale e servile al relativismo delle idee trionfanti in dati momenti della storia. La moda, se sotto l'aspetto estetico e contingente della cultura ambientale, merita un adeguato rispetto (cfr. *Lc* 7, 32), ma elevata a criterio del nostro modo di pensare e di vivere, non è maestra sapiente, non è interprete penetrante dei segni dei tempi; non è veramente liberatrice, ma fautrice di vanità e di delusione [...]. Il criterio direttivo del rinnovamento — è un paradosso, ma carico di verità — sarà quello di risalire alle fonti, di ricercare nel Vangelo, nella storia del Popolo di Dio e dei Santi, nel magistero della Chiesa le formule buone della novità rigeneratrice. In questa ricerca non tanto retrospettiva, quanto introspettiva della verità divina ed umana, troveremo la chiave per aprire le vie nuove verso quel regno di Dio che anche, fin d'ora, nel tempo può avere la sua luminosa epifania".

quería no diferenciarse, quería adaptarse al ambiente, quería huir de las consecuencias de su devoción a Jesús; y lo negó. Tres veces. Y se oyó el canto del gallo. Pobre Pedro, y pobres todos nosotros, cuando queremos adaptar y plegar la fe a la mentalidad moderna, cuando queremos escapar a la lógica de nuestra pertenencia a la Iglesia, y buscamos una religión a tono con las opiniones en boga, no excluyendo las de aquellos que niegan a Cristo" (17).

5. *Permanencia física del modernista dentro de la Iglesia.*

Y llegamos a un tercer aspecto definitorio de la actitud del modernista: su afán de aparecer como miembro vivo de la Iglesia. A finales de 1903, Loisy escribe en su diario, hablando de Tyrrel y de él: "no somos cristianos; no creemos en la infalibilidad del papa, ni en el reino de los cielos"; sin embargo, conserva la sensación de que "puede continuar con toda honradez su oficio de sacerdote" (18). La pérdida total de la fe fue compatible en Loisy con su deseo de mantenerse físicamente dentro de la Iglesia, para seguir renovando la teología: rompe con la fe en 1883 y abandona la Iglesia en 1904. Veinte años dentro aún, por motivos de oportunidad (p. 330 s.), durante los cuales pretende socavar desde dentro los fundamentos de una fe que ha abandonado (p. 25).

A Alfred Loisy, y a todos los modernistas, alude San Pío X en el prefacio de la *Pascendi*: "Ya no es necesario

(17) PAULO VI, Alloc. 12-IV-1967, en *Insegnamenti* cit., V, p. 736: "Essa trascina ad una terza forma di debolezza, oggi parimente diffusa, e allora al povero Pietro causa dalla sua più grave caduta. Voleva nascondersi, voleva camuffarsi, voleva conformarsi all'ambiente, voleva sfuggire le conseguenze della sua devozione a Gesù: e lo rinnegò. Tre volte. E il canto ammonitore del gallo squillò. Povero Pietro! e poveri noi tutti quando vogliamo adattare e pregare la fede alla mentalità moderna, quando vogliamo sfuggire alla logica della nostra appartenenza alla Chiesa, e cerchiamo una religione modellata sulle opinioni di moda, non escluse quelle dei negatori di Cristo!"

(18) L. FEBVRE, *Du modernisme à Erasme*, en *Revue de Synthèse* 1 (1931) 357-376.

buscar a los fabricantes de errores entre los enemigos abiertos, sino que, con grande y angustioso dolor, los vemos introducidos en el seno mismo de la Iglesia; y son por ello tanto más peligrosos cuanto que son más difíciles de descubrir". Y poco más adelante continúa: "A todos ellos los incluimos entre los enemigos, aun cuando ellos mismos se asombren; pero —dejando aparte las intenciones que sólo Dios puede juzgar— nadie que conozca sus doctrinas y su modo de hablar y de actuar podrá extrañarse de lo que decimos. Pues, como hemos dicho, *non extra Ecclesiam, sed intra*, llevan a cabo su perversa actividad; por eso, el peligro se encuentra metido en las venas y en las entrañas de la Iglesia. A todo esto se añade que han aplicado la seguridad no a las ramas o a los retoños, sino a la misma raíz: esto es, a la fe y sus más profundas fibras. Y una vez dañada esta raíz de inmortalidad, intentan propagar el virus por todo el árbol, de tal manera que no hay aspecto de la verdad católica en donde no pongan su mano y que no traten de corromper" (19).

Este demoledor ataque *ab intra* continúa siendo una realidad, aunque en nuestros días está mucho más generalizado que a comienzos de siglo. El actual Papa, al inicio mismo de su pontificado, decía: "Defenderemos a la Santa Iglesia de los errores doctrinales y de costumbres que, dentro y fuera de sus fronteras, están amenazando su integridad y ensombreciendo su belleza" (20). Y un viejo observador, apesadumbrado por la presente situación, ha calificado este modernismo como "apostasía inmanente", decidida a permanecer cristiana a toda costa (21).

(19) *Pascendi*, p. 594 s (193 s.).

(20) Cfr. PAULO VI, Homilía con motivo de su coronación pontificia, 30-VI-1963, en AAS 55 (1963) 621.—Vid. el ensayo del obispo de Regensburg, Rudolf GRABER, *Paspt Paul VI. und die innerkirchliche Krisis*, "Una Voce Helvetica" (Zürich 1966) 26 p.

(21) MARITAIN, *El campesino del Garona*, p. 31.

II. CONSECUENCIAS DEL MODERNISMO (LA DISOLUCION DE LO SOBRENATURAL)

La raíz viciada por el subjetivismo antropocéntrico produce un fruto (el modernista: los hay de diversas especies) y acaba en el ateísmo. Analicemos cada una de estas partes.

6. *El subjetivismo, raíz viciada del modernismo (Erasmus y Lutero).*

Paradójicamente, el modernismo no es una postura “moderna”, en el sentido de “original”. Es más bien un fenómeno regresivo, algo así como la exhumación de todos los viejos errores ya proscritos por la Iglesia, desde hace siglos. San Pío X escribe: “mirando este sistema en su conjunto, no causará asombro si lo definimos afirmando que es el conjunto de todas las herejías. Ciertamente que, si alguien se propusiera concentrar como el jugo y esencia de todos los errores que han existido sobre la fe, nunca lo conseguiría de modo tan pleno como lo han hecho los modernistas” (22).

García de Haro remonta el modernismo a la crisis subjetivista del siglo XVI, y sitúa acertadamente sus antecedentes históricos en Lutero y en Erasmo, dos figuras dispares pero de idéntica actitud de fondo. Ambos tenían la convicción común de que la voluntad de Dios era mal conocida y que había que comprenderla mejor. ¿Cómo? Descubriéndola mediante el análisis filológico de la Sagrada Escritura, que contiene la Palabra de Dios (Erasmus), o bien tratando de comprender esa Escritura por sí misma, sin necesidad de nadie que no sea la propia conciencia (Lutero) (p. 183-185). Pretendían una reforma de la Iglesia: respectivamente, a través de

(22) *Pascendi*, p. 632 (274).

una teología nueva, en base a la Santa Biblia, tratada como un texto clásico más; o bien mediante una piedad nueva, teorizando sobre la Escritura su propia actitud personal (p. 175, 197, nota 133). Predominaba, pues, en ellos la actitud del sujeto —conocer y sentir— sobre el don recibido (p. 187).

Los dos autores, el humanista y el protestante, que habían sido agustinos y por tanto aficionados a la Biblia, se decidieron por la opción inmanentista. No reconocieron en la Escritura Santa el don trascendente de Dios, confiado a la custodia de Pedro y de sus sucesores. Se sitúan al margen de la autoridad legítima, y apelan a una autoridad autónoma: la filología o la conciencia personal (p. 216). Lutero llegará a afirmar: “Yo no puedo permitir que nadie me imponga una manera de interpretar la palabra de Dios”. No es que juzgara equivocada la autoridad del Papa; fue mucho más radical: negó toda posible autoridad en el seno de la Iglesia. El itinerario de su rebelión tuvo tres pasos: apelar al Papa mal informado, acusarlo de inepto para captar los problemas de la época, considerarlo detentador de la *potestas tenebrarum* e incluso anticristo (p. 208 s.).

Pues bien, los modernistas intentan coordinar la fe con el pensamiento moderno. Pero siendo así que el llamado “pensamiento moderno” es un sistema de ideas viciado *a radice*, es imprescindible revisarlo (p. 346); aun cuando tiene logros parciales, su punto de partida está equivocado: ha perdido el sentido del ser y pretende independizar la conciencia de cualquier otro condicionamiento (p. 171). Su tendencia a hacer centro en el hombre le lleva a veces al más descarado naturalismo que acaba por afirmar que Cristo es sólo un hombre y que el Cristianismo futuro es un ideal de fraternidad (p. 92-99). Loisy, por ejemplo, pretenderá lo imposible: suprimir lo sobrenatural y permanecer cristiano, a pesar de todo. Y en lugar de admitir el descenso gratuito de lo divino tenderá a convertirlo en conquista o creación del hombre (p. 98-109).

Para Lutero, el Dios de la fe es el Dios-para-mí;

y Cristo es “para-mi-consolación y mi bien”. Nada quiere saber de Dios en-Sí-mismo (donde sólo encuentra cólera y condenación), ni de Cristo en Sí mismo (“si tiene dos naturalezas, ¡a mí qué más me da!”). El paralelismo con Loisy es notable: también distingue entre el Cristo de la fe (creación de mi experiencia religiosa) y el Jesús de la historia (que se diluye en la lejanía de los tiempos) (p. 218-222).

También en la postura de Erasmo se encuentra germinalmente la opción intelectual característica de todo planTEAMIENTO de inmanencia: primacía del saber *in fieri* sobre su objeto, de la certeza sobre la evidencia, de la conciencia sobre el ser (p. 268). El humanista se mueve por una inquietud intelectual, quiere que se estudie la Escritura con mayor rigor técnico y librar a la teología de los teologastros y de los bárbaros que no conocen el mundo clásico, ni el griego suficiente para tratar los textos sagrados; según él, hasta las mejores versiones han traicionado el sentido de las palabras de Cristo (p. 256-258). Su propósito, en el ambiente de excesiva confianza en la ciencia y en el progreso propio de comienzos del Renacimiento, es de salvar la fe por la ciencia (p. 289).

“Yo pretendo —escribe Erasmo— obrar como dialéctico, y no como juez; como crítico y no como dogmático”. Reduce, pues, toda su teología a las técnicas de investigación filológico-crítica. Al limitar a una simple técnica el estudio de la Escritura Santa con idéntico tratamiento al que se da a otra “escritura” cualquiera (profana), puede considerarse a Erasmo como iniciador de la exégesis “moderna” (p. 261-266), que preconiza la absoluta independencia de la crítica. Erasmo no percibe que en su actitud hay algo que puede zarandear los cimientos de la Iglesia (p. 261-269) (23).

(23) El primero en mostrar la coincidente actitud entre Erasmo y los modernistas fue A. RENAUDET, *Erasmus, sa pensée religieuse et son action, d'après sa correspondance (1518-1521)* (Paris 1926).—A pesar de la encíclica de León XIII, *Providentissimus Deus*, y de otros documentos bíblicos posteriores que culminan con la Const. *Dei Verbum*, esta exégesis “moderna” es hoy seguida de hecho por muchos exégetas

Cuando Erasmo dice: "quiero que la teología sea más verdadera y más correcta, merced a la adición de la cultura clásica", entiende en realidad el Cristianismo como una pura continuidad de la antigüedad clásica y, en general, de la evolución y progreso de las fuerzas de la naturaleza, llevada por Cristo a la cumbre de la perfección. Pero lo sobrenatural —sacramentos, confesión, Sagrada Eucaristía— se apaga. "La Locura", personaje concebido en su *Elogio*, avanza sobre la escena para dar a sus discípulos una revelación apropiada a las necesidades del mundo contemporáneo. Considera al hombre autosuficiente en la construcción de la verdad; y nace así la esperanza de salvar la fe por la cultura, cuando el camino es el contrario. La Iglesia no ha querido calificar de hereje a Erasmo, pero Paulo IV (año 1559) y Sixto V (año 1590) prohibieron la lectura de sus obras (p. 271-279).

7. *Tipología del modernista.*

La monografía de Ramón García de Haro sobre el fenómeno modernista, en su génesis y en sus precedentes históricos, encierra una enseñanza patente para el atento escrutador de la presente hora de la Iglesia. Puesto que el modernismo se traduce en fin de cuentas en una actitud del espíritu, resulta ilustrativa la tipología que presenta.

Es fácil reconocer en Alfred Loisy a un tipo de clérigo "moderno", "teólogo de vanguardia", que puede contar incluso con el apoyo y admiración de altos personajes eclesiásticos, y que, elevado sobre un falso pedestal, arrastra a gente ignorante o poco cautelosa. Ciertamente que sus pala-

católicos. Reconocen los principios de hermenéutica bíblica: la interpretación *in sinu Ecclesiae*, tal como la Escritura es entendida en la Sagrada Tradición y en el Magisterio homogéneo de veinte siglos; pero en la práctica recurren sólo al análisis filológico de los textos. Vid. J. M. CASCIARO, *Algunas reflexiones acerca de la exégesis católica ante el 80 aniversario de la "Providentissimus Deus"*, en *Scripta Theologica* 5 (1973) 345-378.

bras y sus escritos, generalmente de tono ensayista, ejercen un atractivo, "suenan a nuevo", dirán con entusiasmo sus seguidores. Extraña novedad, porque es ajena al *sensus fidelium*, porque no responde a lo que ha sido creído por los cristianos *semper, ab omnibus et ubique*. Y antes o después resulta que aquel presunto "teólogo" no creía en Cristo; quizá él mismo acaba reconociéndolo y se produce el escándalo, con abandono de su vocación, o de la propia Iglesia (24). Otras veces, queda al descubierto cuando la necesaria intervención de la Jerarquía denuncia el error, con objeto de proteger la pureza de la fe del pueblo cristiano. Así lo hizo San Pío X: "Si se tratara sólo de ellos <de los modernistas>, quizá hasta podríamos pasar todo esto por alto, pero se trata de la seguridad del nombre católico. Por tanto, es preciso interrumpir un silencio que sería criminal prolongar, y arrancar la máscara de estos hombres, para mostrarlos ante la Iglesia entera tal y como son" (25).

En Maurice Blondel se encuentra la figura del modernista de buena fe: inmanentista y creyente sincero, ecléctico en el plano intelectual, con un eclecticismo animado de un propósito apologético que resulta imposible (26). Porque realmente, desde la filosofía de la inmanencia, lo único coherente y sencillo es disolver la fe cristiana, negar lo sobrenatural. La vía blondeliana no es aceptable; hasta Loisy lo reconoce: "Nuestro querido X <alude a Blondel> piensa que la razón conduce al monismo, pero que el corazón es suficiente para llegar a Dios. La conciencia no conseguirá imponer a la razón un Dios que ella no descubre" (Diario, 12-V-1904, cit. en p. 313). La *Pascendi* describe así este tipo de modernista: "el que todavía no cree puede disponerse para la fe no sólo con argumentos objetivos, sino también con los subjetivos. Para ello los apologistas modernistas echan mano de la doctrina de la inmanencia. Y se esfuerzan

(24) Vid. *supra* § 4, a).

(25) *Pascendi*, p. 595 (195).

(26) Vid. *supra* § 4, b).

por convencer al hombre de que, en su interior y en lo más íntimo de su naturaleza y de su vida, están ocultos un cierto deseo y una cierta exigencia de alguna religión, y no de una religión cualquiera, sino precisamente de la católica, ya que el pleno desarrollo de la vida —dicen— la está exigiendo [...]. Aunque no admiten la doctrina de la inmanencia, la utilizan en su apologética; y lo hacen con tal falta de sensatez que afirman no sólo que la naturaleza humana hay una capacidad y una disposición para el orden sobrenatural, cosa que los apologistas católicos han admitido siempre con las debidas puntualizaciones, sino que hay una auténtica exigencia [...]. Así vemos que el método apologético de los modernistas, sumariamente expuesto, es plenamente congruente con sus doctrinas; en verdad, el método, como también las doctrinas, están llenos de errores, aptos no para edificar, sino para destruir; no para hacer católicos, sino para arrastrar a los mismos católicos a la herejía, e incluso a la destrucción total de cualquier religión" (27).

Llegamos a Erasmo de Rotterdam, el culto humanista, en un continuo diálogo con Lutero que no pudo sostener ya en los últimos años de su vida. Pero, junto a sus innumerables y sinceras declaraciones de ortodoxia, fueron varios los errores doctrinales en que incurrió, debido a su metodología tan deficiente de acceso a la Sagrada Escritura con el solo instrumento de la filología griega. Católico de corazón hasta su muerte; pero incapaz de comprometerse, no ofreció a la Iglesia su nombre y su prestigio reconocidos, cuando los gratos deberes de la lealtad así se lo reclamaron. En 1553 Paulo III le escribió invitándole a cooperar en los trabajos preparatorios de Trento: "Para que tú también, agraciado por Dios con tan alto talento y conocimiento, puedas ayudarnos en esta piadosa tarea, que tan agradable te es, de defender con Nosotros la religión católica mediante la palabra hablada y escrita, antes y durante el Concilio, y que de esta manera puedas

(27) *Pascendi*, p. 630 (269 s.).

con esta obra de piedad culminar del mejor modo una vida de trabajo y religión, refutar a tus acusadores y alentar a tus admiradores a nuevos esfuerzos". Sin embargo se excusa, cuando sabe que en Roma se piensa incluso en nombrarle cardenal, y prefiere seguir con los trabajos que le ocupan: "El Eclesiastés" y la edición latina de Orígenes. Y cuando sus admirados amigos Juan Fischer y Tomás Moro daban su vida en defensa de la fe, no llegó a comprender exactamente los motivos de esta heroicidad (p. 243-248). En lo que tiene de contemporizador con el ambiente de su época, bien puede situársele entre los proto-tipos del modernista.

Por último, Martín Lutero es también proto-tipo del modernista. Llevado por su subjetivismo, más acusado que en Erasmo, nada reconoce fuera de su vivencia religiosa (28). La coincidencia de Lutero con el modernismo ahinca en la misma raíz de su respectivo profetismo: el predominio otorgado a la experiencia personal sobre el don de Dios. La nueva concepción de la fe surge de anteponer lo que para el hombre "significa" e "importa" Dios, a cuanto —por ser Dios como es en sí— exige del hombre (p. 218). La subjetivación absoluta de la fe, propia de Lutero, gravita radicalmente sobre el modernista: de aquí que San Pío X destaque que los modernistas "han aplicado la seguridad no a las ramas o a los retoños, sino a la misma raíz, esto es, a la fe y a sus más profundas fibras" (29).

8. *Deslizamiento del modernismo hacia el ateísmo.*

San Pío X indica que "la doctrina modernista conduce al ateísmo y a la abolición de toda religión: el primer paso lo dio el error de los protestantes; le siguió el error de los modernistas; pronto aparecerá el ateísmo" (30).

(28) Vid. *supra* § 6.

(29) *Pascendi*, p. 594 (194).

(30) *Pascendi*, p. 634 (279): "Sed haec modo sufficient ut abunde

Lutero pensó que seguía inmerso en la trascendencia, pero en realidad inició el proceso de absolutización del yo, de autodivinización de la propia conciencia. Aunque juzga seguir buscando a Dios, no hace más que la búsqueda de sí mismo, porque el único Dios-para-mí, el único absoluto a-mi-medida, soy yo. Dios en sí (Dios) le resulta opresivo, e inconscientemente intenta destruirlo. En la medida que la autoconciencia de lo divino invade el pensamiento religioso, éste deja de ser teológico: se reduce a un solo pensar del hombre; el subjetivismo de la fe aboca en la disolución de lo sobrenatural (p. 230-234).

El importante prólogo con que viene encabezada la *Pascendi* hace referencia a esta filiación protestante del modernista. Habla de gran número de sacerdotes y de seglares, "con un falso amor a la Iglesia, sin ningún sólido fundamento filosófico ni teológico, incluso impregnados de doctrinas envenenadas, que inoculan hasta la médula de los huesos de la Iglesia, y se presentan como reformadores de la Iglesia" (31).

Por otra parte, es bien conocido que el proceso histórico de subjetivación de la fe corre unas etapas intermedias entre el siglo xvi y el modernismo: los autores racionalistas del xix, con diversos matices, emprenden una pista de deslizamiento que acabará en la ruptura con la Iglesia. La duda teológica de Hermes es condenada por Gregorio XVI dos años después de la muerte de este pensador, movido siempre por el deseo apologético de combatir el agnosticismo de Kant, pero acomodado a la duda metódica y universal de Descartes. Anton Günther será con Hegel con quien quiere dialogar, y ofrece un sistema de verdades cristianas, basado sólo en la razón; el maestro se retracta, al ser condenada su doctrina por los obispos alemanes y austríacos y por Pío IX, pero la casi totalidad de sus innumerables discípulos, que ostentaban entonces las

pateat quam multiplici itinere doctrina modernistarum ad atheismum trahat et ad religionem omnem abolendam. Equidem protestantium error primus hac via gradum iecit; sequitur modernistarum error; proxime atheismus ingreditur".

(31) *Pascendi*, p. 594 (193).

cátedras germánicas de teología, se rebelan contra la Iglesia. Frohshammer da un paso más, y declara la filosofía autónoma e independiente del Sagrado Magisterio; su pensamiento es condenado, él es suspendido *a divinis* y muere sin reconciliarse con la Iglesia. Un paso adelante, y Döllinger preconizará la primacía de la teología alemana sobre la Iglesia de Cristo, Romana y Católica, y acabará junto con sus seguidores en la abierta herejía y en el cisma (32).

A estos precedentes alude seguramente la *Pascendi* cuando afirma que las tácticas modernistas "son una mezcla de racionalista y católico, tan hábilmente presentada, que con facilidad engañan a los incautos" (33).

Blondel, Mignot y von Hügel personalmente mantuvieron la fe, la unidad con la Iglesia. Partieron de una previa opción inmanente, de modo que su equivocación estuvo en el punto de partida; pero detuvieron las consecuencias ínsitas en su propio pensamiento: no seguirían más lejos; se pararon a mitad del camino, porque sabían que el desarrollo lógico del error de base, les conduciría inevitablemente a perder la fe. Fue el caso de Loisy, de Tyrrell y de numerosas defecciones del clero de Francia (p. 89). El Arzobispo de París, Card. Richard, se lamentaba ante Pío X de que Loisy continuara dando sus cursos en la Escuela de Altos Estudios de París, con la asistencia de unos cuantos jóvenes sacerdotes de los cuales "un número demasiado grande se dejan seducir por estas doctrinas que responden al estado general de los espíritus. Los fieles están muy preocupados y los confesores me hablan de la turbación que estas doctrinas causan en las almas" (p. 58 s.).

El subjetivismo del pensamiento moderno, latente en Erasmo, y la "fe fiducial" de Lutero fundamentan el protestantismo liberal, perfectamente coherente con las apti-

(32) Vid. E. HOCEDEZ, *Histoire de la théologie au XIXe siècle*, II (Bruxelles 1952), en especial *Le problème des rapports entre la raison et la foi*, p. 27-68.

(33) *Pascendi*, p. 595 (194).

tudes más típicas del modernismo: la mentalidad filológica del humanista llega a sus últimas consecuencias con el inmanentismo radical y ateo (Bauer), y la fe luterana acaba reduciendo la religión a pura filosofía de la conciencia humana (Schleiermacher) (p. 290-294).

La causa de este ateísmo actual de origen modernista radica precisamente en que "exaltan de tal manera al hombre, que la fe en Dios queda desvirtuada" (34). Y es que "el ateísmo, considerado en su conjunto, no es un fenómeno originario, sino más bien derivado de diversas causas, entre las que se cuenta el juicio crítico contra las religiones y, en algunos lugares, en particular contra la religión cristiana" (35).

III. PRESENCIA DIABOLICA EN LA ACTUACION DEL MODERNISTA

La monografía de García de Haro responde ceñidamente a un planteamiento coherente: en definitiva, muestra con lucidez la ya citada fórmula de San Pío X: *protestantium error primus hac via gradum iecit; sequitur modernistarum error; proxime altheismus ingreditur*. El libro, fiel a su propósito y a sus propios límites metodológicos, no se sale del campo acotado.

Ahora bien, el teólogo no puede prescindir de su fe en la existencia y en la actividad del diablo. Y al estudiar crisis tan grave como la modernista, es razonable que se pregunte: ¿Quién mueve este fenómeno? ¿No será el "diablo", "el adversario que separa a Dios y a los hom-

(34) CONC. VAT. II, Const. Past. *Gaudium et Spes*, n. 19, en AAS 58 (1966) 1039: "Quidam hominem tantopere exaltant, ut fides in Deum quasi enervis fiat, magis proclives, ut videntur, ad affirmationem hominis quam ad Dei negationem".

(35) *Ibidem*: "Atheismus enim, integre consideratus, non est quid originarium, sed potius ex diversis causis oritur, inter quas adnumeratur etiam reactio critica contra religiones et quidem, in nonnullis regionibus, praesertim contra religionem christianam".

bres"? (36). Además, la carta magna sobre el modernismo comienza afirmando que "nunca han faltado, por instigación del enemigo del género humano, 'hombres que enseñan doctrinas perversas', 'charlatanes de novedades y seductores', 'metidos en el error y que arrastran hacia el error' (37). Y cuando trata de las causas de la crisis modernista, se refiere de modo principal a la soberbia, el pecado esencialmente diabólico (38): "Lo más eficaz —dice— para obcecar el espíritu y hacerlo caer en el error es la soberbia, que en la doctrina del modernismo está como en su propia casa; de ella saca todo el aliento que quiere y en ella se disfraza de todas las formas posibles. Por soberbia adquieren tal confianza en sí mismos, que llegan a considerarse como la norma de todos los demás, y como tales se presentan. Por soberbia se vanaglorian como si fueran los únicos que poseen la sabiduría, y dicen, atrevidos y enfautados: 'No somos como los demás hombres'; y para no ser comparados con los demás, se abrazan a cualquier novedad, por muy absurda que sea, y sueñan con ella. Por soberbia rechazan toda obediencia y tienen la pretensión de que la autoridad se adapte a la libertad. Por soberbia se olvidan de sí mismos, y sólo piensan en reformar a los demás, sin respeto a ninguna clase de autoridad, incluida la autoridad suprema. En verdad, que no hay camino más breve y más rápido hacia el modernismo que la

(36) Cfr. W. FOERSTER, διαβάλλω, διάβολος, en TWNT, II, p. 69-71.—El análisis filológico del término responde, en efecto, a la finalidad que el diablo, movido por su odio a Dios, persigue en todas sus actuaciones. Como señala S. TOMÁS, III, q. 8, a. 7, c., "finis autem diaboli est aversio rationalis creaturae a Deo: unde a principio hominem ab obedientia divini praecepti removere tentavit".

(37) *Pascendi*, p. 593 (191 s.); cita Act 20, 30; Tit 1, 10; 2 Tim 3, 13.—MARITAIN, *El Campesino del Garona*, p. 31, apunta, con la ironía que preside su ensayo, que este modernismo actual, preparado desde hacía muchos años, ha sido acelerado por algunas esperanzas oscuras de las partes bajas del alma, mentirosamente imputadas a veces al "espíritu del Concilio" y hasta al "espíritu de Juan XXIII". Pero "sabemos bien —concluye— a quién viene correspondiendo la paternidad de esas mentiras, aunque muchos no crean en el diablo, ni en los ángeles malos, ni en los buenos, por supuesto".

(38) S. TOMÁS, III, q. 8, a. 7, c.: "Dicitur diabolus caput omnium malorum: nam ut dicitur Iob 41, 25, 'ipse est rex super omnes filios superbiae'".

soberbia. Si algún católico, seglar o sacerdote, se olvida del precepto de la vida cristiana que nos manda negarnos a nosotros mismos si queremos seguir a Cristo, y no arranca de su corazón la soberbia, está tan abocado como el que más a abrazar los errores modernistas" (39).

Pensemos que tres potencias operan en la historia: Dios, el demonio y el hombre. El poder primero y dominante es Dios, principio y fin de todas las cosas, Señor de la historia; todo lo demás es tentación o ataque contra la fe; es desesperación, incredulidad, deserción y pecado. La segunda potencia es el ángel caído, el Príncipe de este mundo; los privilegios otorgados por Dios no se retiran nunca, por eso permanece siendo Príncipe caído de un mundo caído; sin él, sin su operación, la historia resulta inexplicable. La tercera potencia operante en la historia es el hombre: sólo a él le corresponde el imperio de lo creado y la capacidad para mudar la faz de la tierra. Ahora bien, el hombre por sí solo, en un sentido estricto, es incapaz del bien o del mal; necesita ser conducido o reducido. Su meta es la libertad de los hijos de Dios, que sólo logra mediante la obediencia a Dios y la humildad. En cambio, por la seducción del ángel caído, que le promete una libertad engañosa, el hombre se precipita en la servidumbre de la esclavitud, se separa de Dios y se hace eternamente pobre (40).

Aun cuando, como es obvio, la sugestión diabólica —que es múltiple (41)— no se limite sólo al fenómeno modernista, detengámonos en este punto.

9. *Ataque actual del diablo desde dentro de la Iglesia.*

En ocasiones recientes el Santo Padre, al referirse a la actual situación de la Iglesia, la ha atribuido a la pre-

(39) *Pascendi*, p. 635 (280 s.).

(40) Cfr. Th. HAECKER, *El Cristianismo y la historia*, trad. M. Garrido (Madrid 1954) p. 91-95.

(41) Vid. *De daemonum impugnatione*, en S. TOMÁS, I, q. 114, a. 1-5.

sencia activa del diablo. Emplea una imagen gráfica: “a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios. Se desconfía de la Iglesia, se confía más en el primer profeta profano que viene a hablarnos desde algún periódico o desde algún movimiento social para correr en pos de él y pedirle si tiene la fórmula de la verdadera vida [...]. Se celebra el progreso para poderlo después demoler con las revoluciones más extrañas y más radicales, para negar todo lo que se ha conquistado y para hacerlos arcaicos después de haber exaltado tanto los progresos del mundo moderno. También en la Iglesia reina este estado de incertidumbre. Se creía que después del Concilio <Vaticano II> había llegado una jornada de sol para la historia de la Iglesia; ha llegado, sin embargo, una jornada de nubes, de tempestad, de oscuridad, de búsqueda, de incertidumbre. Predicamos el ecumenismo y nos separamos cada vez más de los otros [...]. ¿Cómo ha ocurrido esto? Por la intervención de un poder adverso: su nombre es el diablo” (42).

El Papa insiste meses más tarde: “Sabemos que este ser oscuro y perturbador existe de verdad, y con alevosa astucia actúa todavía, él es el enemigo oculto que siembra errores y desgracias en la historia humana. Debemos recordar la parábola reveladora de la buena semilla y de la

(42) PAULO VI, Alloc. 29-VI-1972, en *Insegnamenti* cit., X, p. 707 s.: “Riferendosi alla situazione della Chiesa di oggi, il Santo Padre afferma di avere la sensazione che da qualche fessura sia entrato il fumo di Satana nel tempio di Dio. C'è dubbio, l'incertezza, la problematica, l'inquietudine, il confronto. Non si fida più della Chiesa; ci si fida del primo profeta profano che viene a parlarci da qualche giornale o da qualche moto sociale per rincorrerlo e chiederle a lui se ha la formula della vera vita [...]. Si celebra il progresso per poterlo poi demolire con le rivoluzioni più strane e più radicali, per negare tutto ciò che si è conquistato, per ritornare primitivi dopo aver tanto esaltato i progressi del mondo moderno. Anche nella Chiesa regna questo stato di incertezza. Si credeva che dopo il Concilio sarebbe venuta una giornata di sole per la storia della Chiesa. E venuta invece una giornata di nuvole, di tempesta, di buio, di ricerca, di incertezza. Predichiamo l'ecumenismo e ci distacciamo sempre di più dagli altri. Cerchiamo di scavare abissi invece di colmarli. Come è avvenuto questo? Il Papa confida ai presenti un solo pensiero: che ci sia stato l'intervento di un potere avverso. Il suo nome è il diavolo”.

cizaña, síntesis y explicación de la falta de lógica que parece presidir nuestras sorprendentes vicisitudes" (43).

10. *Signos de actuación diabólica, a través del modernismo.*

Tratemos de introducir en la escena del modernismo a este personaje: el diablo. No participa en la acción como un extra, con un papel secundario; tampoco interviene como un actor principal; más bien viene a ser a un tiempo anónimo guionista y director de escena, que entre bastidores mueve a los actores según su voluntad. El no aparece: su operativa presencia no es apenas advertida por los espectadores. No obstante existen unos signos externos para reconocerle, de manera que, una vez levantados los telones, se pueda sorprender en su faena al oculto director de la escena del modernismo. La artera presencia del diablo dentro del modernismo se hace patente de diversos modos:

a) Satanás tienta a Jesús con una promesa: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraberis me* (44). Es lo mismo que propone el modernista: ofrece a la Iglesia el mundo, con toda la belleza y esplendor de su ciencia y de su cultura, de su alucinante actualidad. Pero ¿a qué precio? El de la postración, es decir, la claudicación de la fe ante el mito de la modernidad. La reacción de Jesucristo sitúa en su lugar los verdaderos términos del problema: *Vade Satana; scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies* (45). El mundo, la creación entera, una vez santificada, ha de someterse a Cristo (46) y no al re-

(43) PAULO VI, Alloc. 15-XI-1972, en *Insegnamenti* cit., X, p. 1171: "Sapiamo così che questo Essere oscuro e conturbante esiste davvero, e con proditoria astuzia agiscere ancora; è il nemico occulto che semina errori e sventure nella storia umana. Da ricordare la rivelatrice parola evangelica del buon grano e della zizzania, sintesi e spiegazione dell'illogicità che sembra presiedere alla nostra contrastanti vicende".

(44) Mt 4, 9.

(45) Mt 4, 10.

(46) 1 Cor 15, 28: "<Christus> subiecit sibi omnia, ut sit Deus omnia in omnibus". Vid. también Rom 8, 19-22.

vés. La Iglesia, como fermento en la masa, está llamada a informar y transformar el mundo, y no a la inversa. El Cristianismo no debe dar al traste mundanizándose; al contrario, es el mundo el que ha de ser cristianizado, purificando y elevando al orden sobrenatural la noble autonomía de las realidades humanas.

b) En segundo lugar, a través de la actitud modernista, se adivina la acción de Satanás transfigurado en ángel de luz (47). En efecto, lo más específico de la postura vital del modernista, su bandera de enganche, es sentirse profeta de una nueva era "cristiana", sin posibilidad de transacción con la Iglesia (p. 56). Se presenta como liberador de las generaciones que nos han de suceder (p. 93). Tiene una seguridad total en su propio juicio acerca del Cristianismo futuro; incluso aquellos modernistas que conservan la fe, al llegar la condenación eclesiástica, opinan que es un error transitorio de la Jerarquía, y que la Iglesia acabará aceptando su verdad. Ante las repetidas condenas reaccionan con la rebelión o con el desconazonamiento (p. 47 s.); nunca responden con la sumisión interior, con el reconocimiento del propio error, con el "pleno obsequio del entendimiento y de la voluntad" (48).

Viejo modo de sugestión diabólica éste del "falso profeta" (49). El mismo Jesucristo previene contra él, y da la piedra de toque: "por sus frutos los conoceréis" (50). El Apóstol hace ver que su Evangelio no lo anunció sólo con palabras (*in sermone tantum*), sino también *in virtute*, et *in Spiritu Sancto*, et *in plenitudine multa* (51) y, por otra parte, pone en guardia a los primeros cristianos para que

(47) 2 Cor 11, 14.

(48) CONC. VAT. I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. III, Dz. 3008 (1789).—Citamos DENZINGER y SCHÖNMETZER, *Enchiridion Symbolorum, definitio-num et declarationum de rebus fidei et morum* (Barcinonae 1967); y entre paréntesis el número que corresponde a las primeras ediciones.

(49) 1 Io 4, 1: "Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sint, quoniam multi pseudoprophetae exierunt in mundum".

(50) Mt 7, 16; 7, 20.—Vid. *supra* II. Consecuencias del modernismo; también *infra* § 11. El modernismo, tiempo de prueba para la Iglesia.

(51) 1 Thes 1, 5.

no se dejen deslumbrar por sutiles discursos, que no son según Cristo (52).

Desde los tiempos apostólicos la “serpiente antigua” (53) ha promovido alucinaciones de un pseudoprofetismo. Y después, montanistas, albigenses, etc. Para poner un solo ejemplo, recordemos unas palabras de Juan XXII referidas a los *fraticelli*: “el error ciega la mente de estos hombres que afirman que sólo en ellos se ha cumplido en este tiempo el Evangelio de Cristo, que hasta ahora (según ellos enseñan) habría estado escondido y hasta totalmente extinguido [...]. Todo eso vemos que es herético, pura fantasía y señal de cierta locura” (54). A esa locura, la mayor imaginable —*eritis sicut dii*—, acompañada de ordinario por un superficial divismo, alude con toda claridad San Pío X cuando habla de los modernistas: “Al escribir la historia —dice—, con pretexto de dejar clara la verdad, destacan con minuciosidad y con manifiesta fruición cualquier cosa que parezca manchar a la Iglesia. Movidos por un cierto apriorismo, intentan con todas sus fuerzas destruir las sagradas tradiciones populares. Desprecian las sagradas reliquias, veneradas por su antigüedad. Están llevados por el vano deseo de que el mundo hable de ellos, y piensan que no lo conseguirán si se limitan a decir las cosas que siempre y por todos se han dicho” (55).

c) Existe un tercer signo revelador de la presencia diabólica en el modernismo: su continua acusación contra los que son fieles hijos de la Iglesia. “Satanás” —etimológicamente “acusador” (56)— acusó el Inocente por medio de Judas, en cuyo corazón había entrado (57), y continúa día y noche acusando a los santos (58). Conocida táctica mo-

(52) Cfr. Col 1, 4-8.

(53) Apc 12, 9.

(54) JUAN XXII, Const. *Gloriosam Ecclesiam* (23-I-1318), Dz. 915 s. (489 s.).

(55) *Pascendi*, p. 639 (289 s.).

(56) Cfr. G. von RAD, διαβάλλω, διάβολος → Σατανᾶς, en TWNT, II, p. 71-74.

(57) Cfr. Lc 22, 3.

(58) Cfr. Apc 12, 10.

dernista es maltratar a quienes son fieles a la fe e intachables en su conducta. Ante Cristo la alternativa es clara: *qui non est mecum, contra me est* (59), o abierta lealtad o encubierta deslealtad. Ahora bien, el subterfugio satánico plantea la disyuntiva en otro terreno, en un campo extraño a los intereses de Dios, halagüeño sin embargo a la vanidad humana. Echa mano de simplistas esquemas temporales sacados de la dialéctica marxista, no bien definidos siquiera por la ciencia política, y con ellos divide a los cristianos enfrentándolos. Por un lado, acusará, señalándolos con el dedo, a quienes quieren agradar a Dios antes que a los hombres (60), y les pondrá etiquetas diversas; así pretende desprestigiarlos para que nadie les siga. Por otra parte, no dudará en llenar de elogios a los malos hijos de la Iglesia, a los herejes y a los apóstatas de la fe.

Captó bien la aguda perspicacia de San Pío X este rasgo típico del modernista: "No es de extrañar —escribe— que los católicos que luchan con denuedo por la Iglesia se atraigan toda la malevolencia y el odio de los modernistas. No hay ninguna clase de injuria que no les lancen, y a cada paso les acusan de ignorancia y de terquedad. Si temen la erudición y fuerza de sus adversarios, anulan su eficacia, con una conjuración del silencio. Es un modo de actuar contra los católicos, tanto más odioso cuanto que simultáneamente no escatiman los medios para ensalzar sin descanso a quienes están de acuerdo con ellos, acogen con grandes aplausos sus libros cargados de novedades, a quien con mayor atrevimiento destruye lo antiguo y rechaza la tradición y el magisterio eclesiástico, más propaganda le hacen como hombre sabio. Por último —y esto es algo que horroriza—, si la Iglesia condena a alguien, lanzan sus elogios a todos los vientos y hasta lo veneran como mártir de

(59) *Mt* 12, 30.

(60) Como afirman San Pedro y San Juan ante el Sanedrín de Jerusalén (*Act* 5, 29); como San Pablo dice de sí mismo (*Gal* 1, 10) y pide a los fieles de Tesalónica (*1 Thes* 2, 4).

la verdad. Con todo este estrépito de alabanzas y de insultos, los entendimientos de los jóvenes se ven maltratados y confundidos, y para no ser tenidos por ignorantes y para pasar por sabios, alentados en su interior por la curiosidad y por la soberbia, se rinden con frecuencia y se entregan al modernismo" (61).

d) Una cuarta señal de presencia diabólica en el modernismo es su actividad sinuosa. Son bien significativos la cautela de Loisy y de Tyrrell, figuras de primera hora, por no despertar sospechas de heterodoxia; el empleo frecuente de pseudónimos y de anónimos; la pretensión de mantenerse en la Iglesia, a pesar de las primeras condenaciones, para tratar de reformarla desde dentro por suaves caminos irenistas. La misma persistencia del fenómeno modernista—tantos años, hasta nuestros días, sin llamar apenas la atención de la gran mayoría de los católicos—no deja de ser expresiva.

e) Último rasgo característico de la actuación del diablo lo encontramos en su condición demoleadora: *ille homicida erat ab initio* (62). Lo propio del modernista es la ausencia de juventud, la falta de soluciones, la crítica negativa (p. 114), que alcanza también a la propia Iglesia. Los modernistas "con técnicas nuevas por completo y llenas de astucia, se esfuerzan por agostar las energías vitales de la Iglesia, y hasta querrían destruir el mismo Reino de Cristo, si esto fuera posible [...]. No hay aspecto de la verdad católica en donde no pongan su mano y que no traten de corromper [...]. Es tal la actividad que despliegan y tan intenso su trabajo, que produce verdadera tristeza ver tanto esfuerzo dedicado a arruinar la Iglesia. El modernismo es un sistema apto no para edificar, sino para destruir; no para hacer católicos, sino para arrastrar a los mismos católicos a la herejía, e

(61) *Pascendi*, p. 638 (187 s.).

(62) *Io* 8, 44.—Este "angelus abyssi", que tiene poder para hacer daño a los hombres, se denomina según las diversas lenguas: "nomen hebraice 'Abaddon'; graece autem 'Apollyon'; latine habens nomen 'Exterminans'" (*Apc* 9, 10 s.).

incluso a la destrucción total de cualquier religión" (63).

11. *El modernismo, tiempo de prueba para la Iglesia.*

En el prólogo de la *Pascendi* San Pío X escribe que "a estos hombres <los modernistas> los incluimos entre los enemigos de la Iglesia, aunque ellos mismos se asombren; pero —dejando aparte las intenciones, que sólo Dios puede juzgar— nadie que conozca sus doctrinas y su modo de hablar y de actuar podrá extrañarse de lo que decimos. Y no se apartará de la verdad quien los tenga por los peores adversarios de la Iglesia. Pues, como hemos dicho, no desde fuera, sino desde dentro mismo de la Iglesia, llevan a cabo su perversa actividad; por eso el peligro se encuentra metido en las venas y en las entrañas de la Iglesia; con mucha mayor eficacia dañina, puesto que conocen a la Iglesia más íntimamente" (64).

Hoy día, sin embargo, existen quienes estiman —nadie entre en sus móviles personales— que los rebrotes actuales del modernismo son un "bien para la Iglesia". Resulta sin embargo todo lo contrario para quien serenamente considera cuanto acabamos de mostrar, y además se guía en sus valoraciones por el juicio autorizado del Sumo Pontífice en materia *de fide et moribus*. El Papa actual se refiere a ellos cuando afirma: "En una sociedad secularizada piensan que la Iglesia debería abandonar la mayor parte de las formas que la distinguen y renunciar incluso a las certezas adquiridas, para ponerse únicamente a la escucha de las necesidades del mundo; y muestran frente a la Iglesia visible e institucional una frialdad que lleva a algunos a alejarse de ella [...]. De estas opuestas tensiones deriva un estado de desastre, que no podemos y no debemos ocultar: ante todo una falsa y abusiva interpretación del Concilio, que querría una ruptura con la tra-

(63) *Pascendi*, p. 593 s. (192), 595 (194), 632 (283), 630 (270).

(64) *Pascendi*, p. 594 (193).

dición, incluso doctrinal, llegando a rechazar la Iglesia pre-conciliar, y a la licencia de concebir una Iglesia 'nueva', casi 'reinventada' desde dentro (*dell'interno*), en la constitución, en el dogma, en la costumbre, en el derecho" (65).

Por otra parte, la evidencia habla por sí sola: el odio que siembra entre los hermanos en la fe, la amargura de la crítica sistemática, la creciente desacralización que desencadena, la agitación de caballo de Atila que sólo sabe derruir (la liturgia, los sacramentos, los seminarios, la vocación sacerdotal y religiosa), confirman las palabras del Papa. Si hemos de llamar a las cosas por su nombre, este *omnium haereson conlectum* (66) constituye una ofensa grave contra Dios y un daño cierto que desangra la Iglesia. Los modernistas "con obras y con palabras no dejan de hacer todo lo que pueden, como si estuvieran poseídos de una fiebre frenética. Y esto ¿con qué resultado? Lloramos —exclamaba el santo Papa— por ese gran número de jóvenes, que fueron la gran esperanza, y que podrían haber trabajado con la mayor eficacia por la Iglesia, y que se han apartado del recto camino. Y lamentamos que otros muchos, si no han llegado a ese extremo, se han contagiado como por una atmósfera corrompida y se han habituado a pensar, hablar y escribir con un desenfado impropio de católicos. Los hay seglares, y los hay sacerdotes, y hasta lo que menos se po-

(65) PAULO VI, Alloc. al Sacro Colegio Cardenalicio, en AAS 64 (1972) 498: "In una società secolarizzata, essi pensano che la Chiesa dovrebbe abbandonare la maggior parte delle forme che la distinguono e rinunciare perfino alle certezze acquisite, per mettersi unicamente all'ascolto dei bisogni del mondo; e provano, di fronte alla Chiesa visibile e istituzionale, una freddezza che porta alcuni ad allontanarsi da essa, sensibili, come pensano di essere, alle profonde mutazioni che caratterizzano la nostra epoca, alle novità delle situazioni culturali e alle possibilità scientifiche e tecniche. Da queste oposte tensioni deriva uno stato di disagio, che non possiamo e non dobbiamo nasconderci: anzitutto una falsa e abusiva interpretazione del Concilio, che vorrebbe una rottura con la tradizione, anche dottrinale, giungendo al ripudio della Chiesa pre-conciliare, e alla licenza di concepire una Chiesa 'nuova', quasi 'reinventata' dall'interno, nella costituzione, nel dogma, nel costume, nel diritto".

(66) *Pascendi*, p. 632 (274).

día esperar: también los hay en las mismas familias religiosas" (67).

Acabará de abrir los ojos, volver a acercarse con sencillez a la encíclica *Pascendi*, donde el último de los papas canonizados muestra su fina capacidad de observación; y, al detenernos en la parte que dedica al modernista como reformador (68), puede apreciarse una clara coincidencia con la que en nuestros días ocurre en amplios sectores de la vida eclesiástica. "Queda algo por añadir —escribe San Pío X— sobre el modernista como reformador. Lo que hemos venido diciendo muestra de sobra hasta qué punto estos hombres están llevados por un incontenible afán de novedades. Este afán se extiende por completo a todo lo que es católico. Quieren renovar la filosofía, especialmente en los seminarios, de tal modo que, reclusando la filosofía escolástica a un capítulo de la historia de la filosofía, como un sistema más ya superado, se enseñe a los jóvenes la filosofía moderna, como la única verdadera que responde a nuestro tiempo. Para renovar la teología, quieren que la llamada teología racional se fundamente en la filosofía moderna; y postulan que la teología positiva se apoye sobre todo en la historia de los dogmas. Exigen también que la historia se escriba y enseñe de acuerdo con su método y con las normas modernas. Dicen que los dogmas y su evolución se ha de armonizar con la ciencia y con la historia. En cuanto a la catequesis, quieren que en los libros de catecismo sólo se recojan los dogmas que hayan sido reformados y que estén al alcance del vulgo. Acerca del culto divino, dicen que se reduzcan las religiones externas y que se prohíba que surjan otras nuevas; aunque hay algunos

(67) *Pascendi*, p. 639 (288 s.).

(68) Sorprende que toda la parte final de la *Pascendi* haya sido suprimida en las últimas ediciones del *Enchiridion Symbolorum*, precisamente donde se detiene en "El modernista como reformador" y donde se hace la crítica global al modernismo (causas y remedios): en los antiguos números 2104-2109, añade simplemente "omittitur". Igualmente llamativa resulta la desaparición de la parte introductoria del documento, donde San Pío X trata de la "Gravedad de los errores modernista": al anterior n. 2071, acompaña sólo la abreviatura "omitt".

partidarios del simbolismo, que en esto son más tolerantes. Claman para que el régimen de la Iglesia sea reformado en todos sus aspectos, principalmente en el disciplinar y dogmático; en lo interno y en lo externo deben adecuarse a la que llaman conciencia moderna, toda la cual tiende a la democracia; por eso han de participar en el régimen de la Iglesia el clero inferior y los mismos seglares, repartiendo así su autoridad, demasiado concentrada y centralizada [...]. En materia de moral, adoptan la postura americanista: las virtudes activas se han de anteponer a las pasivas, y también se han de cultivar con preferencia a éstas [...]. Por último, hay quienes, siguiendo con gusto a los maestros protestantes, desean que se suprima en el sacerdocio el celibato sagrado" (69).

Como puede advertirse, el modernista atenta contra la unidad de la Iglesia, sembrando la escisión interna entre los católicos; ataca la santidad de la Iglesia, porque socava uno por uno los sacramentos, signos eficaces de la gracia divina instituidos por Jesucristo para la salvación del hombre; diluye la apostolicidad porque edifica sobre las exigencias del mundo moderno y no *super fundamentum apostolorum*, esto es, sobre la doctrina de la fe que salva, entregada a ellos por Cristo y por el Espíritu Santo y mantenida fielmente hasta nuestros días; y disuelve la catolicidad de la Iglesia en ilegítimos particularismos, dictados por una visión meramente subjetiva que aboca en el relativismo dogmático y moral.

Y si este factor de degradación afecta al *esse* de la Iglesia, no deja de influir también en su *operari*, de suerte que la misión divina de la Iglesia queda rebajada a simple horizontalidad terrena. En su actividad práctica, los modernistas acabarán por reducir el fin sobrenatural de la Iglesia al fin temporal propio del Estado, y a anteponer lo político y lo económico a toda consideración trascendente del hombre, que les resulta cada

(69) · *Pascendi*, p. 630-632 (270-272).

vez más irrelevante. En suma, “pretenden que se cambie la intervención del régimen eclesiástico en las cuestiones políticas y sociales, de modo que se independice de los ordenamientos civiles, y que al mismo tiempo se adapte a ellos y los impregne de su espíritu” (70).

* * *

La Historia Eclesiástica muestra que no es el modernismo el único ataque profundo que en su largo peregrinar ha sufrido la Esposa de Jesucristo. Pero también atestigua la historia que siempre, según la promesa del Señor, la Iglesia ha superado estas pruebas dolorosas: porque, en efecto, *portae inferi non praevallebunt adversus eam* (71).

En estas páginas, y tomando ocasión del libro de García de Haro, nos hemos limitado a señalar que la crisis de comienzos de siglo no está en absoluto superada, sino más bien agravada durante la última década; además, en lugar de encontrarse reducida a un pequeño grupo de intelectuales, se ha generalizado adquiriendo dimensiones de carácter universal. Así lo hacen patente los documentos que hemos recogido del Papa Paulo VI y del Episcopado Alemán. Para completar nuestro estudio, habría que detenerse en los principios de solución, apuntados en su día por la propia encíclica *Pascendi*; pero tal desarrollo lo reservamos para una ulterior consideración.

(70) *Pascendi*, p. 632 (272).

(71) *Mt* 16, 18.

DE CRISIS MODERNISTAE PERDURATIONE IN NOSTROS DIES

(Summarium)

S. P. Paulus VI suam de gravissimis erroribus intra quosdam Ecclesiae coetus nostro tempore grassantibus sententiam auctoritate munitam haud semel aperuit; huiusmodi errores, doctrinam et mores respicientes, a modernistarum animi dispositione tandem promanant, quae adeo perseverat ut maiore nunc amplitudine sit praedita quam in eunte saeculo. In documentis quae ab exordio Pontificatus ad hodiernam diem de re agunt invenimus Litteras Encyclicas Ecclesiam Suam (1964), Adhortationem Apostolicam Petrum et Paulum (1967), et octo allocutiones, quarum unam coram Sacro Cardinalium Collegio habitam (1972). Haec documenta cum scriptis doctrinalibus Pii X, et praesertim cum Encyclica Pascendi (1907), arcte cohaerere perspeximus; quod unius ecclesiastici Magisterii continuationem per tempora plane manifestat. Item, Germanici Episcopi (1967), cum Successore Petri communicantes, hodiernae crisis lineamenta egregio modo descripserunt, quae cum eventu modernistico perfecte conveniunt.

Ad intimiorem praesentium difficultatum intellegentiam comparandam, librum adiimus a Ramón García de Haro conscriptum cui titulus Historia teológica del Modernismo ("Colección Teológica de la Universidad de Navarra", Pamplona 1972). Hoc praeclarum opus ostendit modernismo fundamenta in subiectivo pietismo lutherano locari atque in subiectivistico Erasmi principio quo Scripturae ex mera consideratione philologica verborum essent interpretandae. Et in Luthero et in Erasmo reperiuntur, iuxta García de Haro sententiam, notae modernistarum peculiares et propriae: conatus accomodandi fidem "mundo moderno", fidei inopia quae huiusmodi animi dispositioni subiacet, impensa voluntas intra Ecclesiam utcumque manendi.

Duabus de causis singulare periculum Ecclesiae modernismus existit: quod fidei adversarius non extra sed intra

Ecclesiam aggreditur, et quod impetus eius non unum dogma —christologicum, ecclesiologicum, etc.— sed ipsa catholicae fidei fundamenta petit. Itaque, modernismus non aliquod dogma sed dogmatum universitatem denique negat, fitque vere “omnium haereseon conlectum”. Huius coevae macrohaeresis pondus ex immediato diaboli interventu, patris mandacii, illustravimus. Perspicua autem signa huiusmodi interventus notamus: quod fidei abdicatio coram “mytho modernitatis” intendatur; quod fideles Ecclesiae filii sine causa accusentur catholicorumque divisio foveatur; quod ipse se praebeat angelum lucis, “novi aevi” christiani promissorem; quod callide subdoleque agat, nullius attentionem concitans; tandem, quod dogmatis, morum, ecclesialis disciplinae ruinam, cum sit “homicida ab initio”, machinetur.

Quae omnia Summi Pontificis sententiam confirmant: non quidem splendide nostris diebus Ecclesiam refloruisse —ut aliqui, contra rerum evidentiam, asserunt—, sed funditus graviterque turbari saepissime dicendum. Tempus, ergo, tempus tentationis. Quamquam et spes theologica et Historiae Ecclesiasticae scientia post noctem obscuram novi diei claritatem praemonent. De viis ad crisim modernistam superandam, nacti occasionem, agemus.